

Gisela Kozak Rovero. *Ni tan chéveres ni tan iguales. El cheverismo venezolano y otras formas de disimulo*. Caracas, Ediciones Puntocero, 2014.*

Isaac López**

Dpto. de Historia de América y Venezuela, Escuela de Historia,
Fac. de Humanidades y Educación, ULA, Mérida-Venezuela

El cronista Héctor Torres señala en uno de sus escritos para el portal *Prodavinci* el percibir a nuestro país empeñado en el arcaísmo, como viviendo una especie de eterna vuelta atrás. Y eso lo aprecia en los temas dominantes en los espacios públicos.

Mientras en otras latitudes los asuntos de interés se centran en los problemas ecológicos y cómo enfrentarlos desde la perspectiva individual o familiar, en la ampliación de los derechos y participación de los ciudadanos en el poder local, o en las exigencias de las minorías, nosotros parecemos estancados en los temas propios de la sobrevivencia: dónde comprar la leche, dónde conseguir la pasta dental, dónde llegaron los huevos o la harina pan. Y su base y fondo: el enfrentamiento decadente y grotesco entre los representantes del oficialismo y la oposición. Lamentablemente —por asuntos de mera sobrevivencia—, los venezolanos seguiremos anclados por mucho tiempo en esos temas, los cuales para todos se han vuelto los fundamentales.

Sin embargo, en su libro *Ni tan chéveres, ni tan iguales*, Gisela Kosak Rovero pretende, con un café o una cerveza, invitarnos a una conversación casual sobre otros asuntos, nada superficiales o frívolos. En un texto ameno y jocoso a ratos, a ratos mortificante e hiriente, la autora pretende dar con aquello que —parodiando al historiador

* Esta reseña fue elaborada, remitida a la revista y aprobada para su publicación por el arbitraje interno de ésta en enero de 2016.

** Historiador. Profesor de la Universidad de Los Andes.

Germán Carrera Damas— pudiéramos llamar: “el espejo que oculta nuestro rostro”. En quince ensayos Gisela Kosak Rovero (Caracas, 1963, Licenciada en Letras y Profesora de la misma especialidad en la Universidad Central de Venezuela, Doctora en Literatura por la Universidad Simón Bolívar) nos acerca a las maneras de concebir ser hombre y mujer en Venezuela en relación a temas calificados como “específicamente venezolanos”.

Investigadora de literatura y por tanto interesada en el lenguaje, Kosak Rovero asume la importancia de este “para conocer y entender nuestros comportamientos y valores”, y es desde allí donde emprende el recorrido y plantea el retrato. Pasa revista a mitos de nuestra imagen nacional o verdades absolutas de la forma de ser del venezolano, como su igualitarismo, su consenso por el mestizaje, o su vocación a la felicidad y al cheverismo. Para develar tras la capa aparente a una sociedad obsesionada con la estética de la belleza individual, la necesidad de ostentación, o la veneración de la eterna juventud, mostrándonos desde esos aspectos las carencias íntimas del músculo civil del país. En la línea trazada hace casi tres décadas por José Ignacio Cabrujas, Kosak Rovero evidencia en nuestro empeño de disimular lo que somos, nuestra forma de ser y estar en esta tierra.

Una sociedad desmantelada en sus intentos civiles e institucionales, queda a merced de la rabia atronadora del resentimiento, y en ella sólo la violencia de las formas se impone ante la ausencia de un fondo verdaderamente democrático. El proyecto político en el poder no es un asunto ajeno a esos maquillajes, al contrario es una de sus expresiones más genuinas. De allí la pretensión de instaurar el Certamen Señorita Venezuela o las telenovelas café con leche en sus canales de televisión, la eterna fiesta callejera —transmutación de las *romerías blancas*— en la cual convierten cualquier conmemoración pública, o la estética rojita de sus dirigentes “revolucionarios” enfundada en marcas como Tommy y Fabiano. Kosak Rovero rasga las máscaras, encuentra a los mismos donde aparentemente deberían estar otros. Claro, no volverán, porque nunca se fueron.

El poder autoritario que odia hasta la más mínima crítica, y parece soñar con un inmenso paisaje de mansos corderos como habitantes del país, requiere de la unanimidad, de lo monocorde. Uniformar es la tarea frente a un país plural. Ante el afán de reglamentarlo todo, la autora sugiere encontrarnos en el espejo: “diversos, multiformes, libres en ideas, sentimientos, preferencias y pasiones” (11-12).

Pero nadie se confunda, Gisela Kosak no busca las claves sólo en los procederes de quienes nos gobiernan en esta hora, también lo hace en los gestos que nos definen a los otros pisatarios del país. En los zumbaos coleándose en las colas del comedor universitario, los conductores estacionados en las zonas reservadas para personas con deficiencias motoras, el pana orinando al lado de la poseta del baño de la facultad, los chamos cómodamente sentados en el trolebús al lado de la señora embarazada de pie, el tipo lanzando la lata vacía de cerveza por la ventanilla del automóvil... Esos, esos que somos. Y como molesta nos muestren ese rostro nuestro que, simplemente preferimos ignorarlo, desentendernos, no hablar de eso. La sociedad moderna resulta ser fuertemente conservadora: el machismo irredento sobreviviente a cualquier intento de erradicación, el desacato a las leyes, y la admiración desmesurada por el poder sin legitimidad. Contradicciones e incoherencias de un entorno eternamente adolescente, bárbaro, primitivo.

El pran y la supermujer, Miss Venezuela y sus finalistas, los militares revolucionarios en Hummer, histéricas, viejas locas y medio cuerdas, sifrinos y tierruos, *La Trepadora* y *La Zulianita*, el izquierdista y el izquierdoso, transexuales y metrosexuales, María Lionza y Lila Morillo —una y ambas a la vez—, el mototaxista y el papiao hijito de papá, el peluquero travesti, malandros y militares, la explotada bomba sexi, amargados y chéveres, profesoras universitarias y prostitutas, sátiros y mojigatos... Iris Varela y María Corina Machado comparten un tinte para el cabello, Osmel Sousa aconseja a Diosdado Cabello sobre asuntos de gobierno, orden y alineamiento, Ali Primera ensaya un coro

con Backstreet Boys... Toda una galería de personajes pasan por estas páginas como en una canción de Chico Buarque.

Invitar a leer este libro, es necesariamente invitar a compartir una reflexión y una preocupación por esta desorientación en la cual nos hemos convertido. Es una mirada sesgada y parcial, no exige entenderse como totalidad, se muestra desde el costado que se es. Otras miradas ofrecerán de seguro otras perspectivas de los mismos pequeños seres transitando por estas calles. Sin embargo, creo que Gisela Kosak Rovero se la vacila muy bien al nombrarnos en el encubrimiento que nos define. Conductas, hábitos, formas de pensar. Apenas susurra una posibilidad alternativa: “Quizás nuestro problema cultural tenga que ver con que somos millones de espacios privados que no hemos logrado todavía un buen ensamblaje en el espacio público” (22). El país donde todos somos chéveres no admite la seriedad, la gravedad, el asumir los compromisos exigentes de la ciudadanía. Nooo, mi pana, eso es pavoso. Eso es de viejos. Mejor hacemos un chiste.

